

LOPE DE RUEDA.

LA CARÁTULA.

PASO.

Personas.

ALAMEDA, SIMPLE. SALCEDO, SU AMO.

(Campo solitario).

ALAMEDA. SALCEDO.

ALAMEDA.

¿Acá está vuesa merced, señor mosamo?

SALCEDO.

Aquí estoy: ¿tú no lo ves?

ALAMEDA.

Pardiez, señor, á no toparos, que no le pudiera encontrar aunque echára mas vueltas que un podenco cuando se viene á acostar.

SALCEDO.

Por cierto, Alameda, que es negocio ese que no se puede creer facilmente.

DRAMÁTICAS.

417

ALAMEDA.

A no creerme dijera que no estábades en vuestro juicio; pues á fe que vengo á tratar con vuesa merced un negocio, que me va mucho en mi consciencia, si acaso me tiene cilicio.

SALCEDO.

Silencio querrás decir.

ALAMEDA.

Sí, silencio será, pienso que....

SALCEDO.

Pues di lo que quieres, que el lugar harto apartado es si ha de haber silencio ó cosa de secreto.

ALAMEDA.

¿Hay quien nos pueda oír por aquí? Mírelo bien, porque es cosa de grande secreto, y en topetando que le topete, luego le conosciuera vuesa merced como si se lo dijieran al oído.

SALCEDO.

Que te creo sin falta.

ALAMEDA.

¿Pues no m'habia de creer siendo nieto de pastelero?

SALCEDO.

¿Qué hay? acabemos.

ALAMEDA.

Hable quedo.
TOMO I.

27.

SALCEDO.
 ¿Qué aguardas?

ALAMEDA.
 Más quedo.

SALCEDO.
 Dí lo que has de decir.

ALAMEDA.
 ¿Hay quien nos escuche?

SALCEDO.
 ¿No te habemos dicho que no?

ALAMEDA.
 Sabed que me he hallado una cosa con que podré ser hombre, de Dios en ayuso.

SALCEDO.
 ¿Cosa de hallar, Alameda? Tu compañero quiere ser.

ALAMEDA.
 No, no; solo me lo hallé, solo me lo quiero gozar, si la fortuna no me es adversa.

SALCEDO.
 Amuestra qué te has hallado, enséñanoslo.

ALAMEDA.
 ¿Ha visto vuesa merced un cernícalo?

SALCEDO.
 Sí, muy bien.

ALAMEDA.
 Pues mayor es mi hallazgo con mas de veinte y cinco maravedís.

SALCEDO.
 ¿Es posible? amuestra á ver.

ALAMEDA.
 Ni sé si la venda, ni sé si lampeñe.

SALCEDO.
 Amuestra.

ALAMEDA.
 A paso, á paso, mírela tantico.

SALCEDO.
 ¡Oh desventurado de mí! ¿que todo eso era tu hallazgo?

ALAMEDA.
 ¿Cómo? ¿no's bueno? Pues sepa vuesa merced que viniendo del monte por leña, me la'ncontré junto al vallado del corralejo este diablo de hilosomía. ¿Y adónde nacen estas, si sabe vuesa merced?

SALCEDO.
 Hermano Alameda, no sé qué te diga, sino que fuera mejor que se te cayeran las pestañas de los ojos antes que te aconteciera una desdicha tan grande.

ALAMEDA.
 ¿Desdicha es hallarse el hombre una pieza como esta?

SALCEDO.

¿Y cómo si es desdicha? No quisiera estar en tu mal por todo el tesoro de Venecia. ¿Tú conoces este pecador?

ALAMEDA.

¿Pecador es este?

SALCEDO.

Dime, Alameda, ¿no tienes noticia del santero que desollaron los ladrones la cara por roballo, Diego Sanchez?

ALAMEDA.

¿Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí, Diego Sanchez; no me puedes negar que no sea este.

ALAMEDA.

¿Qu'est'es Diego Sanchez? ¡Oh desdichada de la madre que me parió! ¿Pues cómo no m'encontró Dios con unas arguenas de pan, y no con una cara de un desollado? Ce, Diego Sanchez, Diego Sanchez: no, no pienso que responderá por mas voces que le den. Y diga, señor, ¿qué se hicieron de los ladrones? ¿halláronlos?

SALCEDO.

No los han hallado; pero sábete, hermano Alameda, que anda la justicia muerta por saber quién son los delinquentes.

ALAMEDA.

Y por dicha, señor, ¿soy yo agora el delincuente?

SALCEDO.

Sí hermano.

ALAMEDA.

¿Pues qué me harán si me cogen?

SALCEDO.

El menor mal que te harán (cuando muy misericordiosamente se hayan contigo) será ahorcarte.

ALAMEDA.

Ahorcarme, y despues echarme han á galeras, y mas yo que soy algo ahogadizo de la garganta; y asi por averiguado tengo, señor, que si me ahorcasen, se me quitaria la gana del comer.

SALCEDO.

Lo que yo te doy por consejo, hermano Alameda, es que luego te vayas á la ermita de sant Anton, y te hagas santero asi como lo era el otro cuitado, y de este arte la justicia no te hará mal ninguno.

ALAMEDA.

Y dígame, señor, ¿cuánto me costará una tablilla y campanilla como aquella de aquel desdichado?

SALCEDO.

No es menester hacella de nuevo, que la del pasado santero anda vendiendo el pregonero de la villa, y se la podrás comprar: mas de una cosa tengo miedo.

ALAMEDA.

Yo de mas de doscientas. ¿Y es la suya de qué?

SALCEDO.

Que estando solo en la ermita, te podría asombrar alguna noche el espíritu de aquel cuitadillo; pero mas vale que te asombre á ti, que no que asombres tú á otros colgado del pescuezo como podenco en barbacana.

ALAMEDA.

Y mas yo, qu'en apretándome la nuez un poco no puedo resollar.

SALCEDO.

Pues, hermano, anda presto, porque si te tardas, podría ser que topases la justicia.

ALAMEDA.

¿Y qué se ha de hacer de aquesta filomancia, ó qué es?

SALCEDO.

Esta, déjala estar, no te topen con ella.

ALAMEDA.

Pues yo me voy, ruegue á Dios que me haga buen santero: hora, sus, quedad norabuena, señor Diego Sánchez.

SALCEDO.

Agora menester será, pues le he hecho encreyente á este animalazo que esta carátula es el rostro de Diego Sanchez, de hacelle una burla sobre ella, y es que yo me quiero ir á apañar con una sábana lo mejor y mas artificiosamente que pueda, y le saldré al encuentro, fingiendo que soy el espíritu de Diego Sanchez, y vereis qué burla tan concertada será esta. Sus, voilo á poner por obra.

(BOSQUE. Éntrase Salcedo, y sale Alameda, simple, vestido como de santero, con una lumbre en la mano y una campanilla.)

ALAMEDA.

Para la lámpara del aceite, señores. Trabajosísima cosa es el hombre santero, que nunca se mantiene sino de mendrugos de pan: que no parezco sino gozque de conejero, que lo matan de hambre porque cace mejor á sabor; y mas que los gozques que solia tener por amigos, como me ven con este trage me han desconocido; y como ven que de puerta en puerta ando pidiendo, y les recojo los mendrugos de pan que ellos solian tener por principal mantenimiento, asi se vienen á mí las bocas abiertas, como el cuquillo á las mariposas; y lo peor de todo es que no se menea un mosquito en la ermita, cuando luego pienso que es el álma del santero desollado, y no tengo otro remedio sino en sintiendo algo, capuzarme la cabeza debajo la ropa, que no parezco sino olla de arroz que la tapan porque no se le salga la substancia della. Dios me despene por quien él es. Amen.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

¡Ay! llamado me han. ¿Hay quien dé por Dios para la lámpara del aceite?

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Ya son dos Alamedadas. Alameda y en mitad del monte, no es por mi bien. Dios sea conmigo.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

El Espíritu Santo consolador sea conmigo y contigo. Amen. Quizás será alguno que me quiera dar limosna.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Así, así, mucho Alameda, Alameda, y despues quebrarme han el ojo con una blanca.

SALCEDO.

Alonso de Alameda.

ALAMEDA.

Alonso y todo: ya me saben el nombre de pila, no es por bien esto: quiero preguntar que quién es, con dolor de mi corazon. ¿Quién sois?

SALCEDO.

¿No me conoces en la voz?

ALAMEDA.

¿Yo en la voz? ni aun querria; no os conozco si no os viese la cara.

SALCEDO.

¿Conociste á Diego Sanchez?

ALAMEDA.

Él es, él es; mas podrá ser que no sea él, sino otro. Señor, conocí siete ú ocho en esta vida.

SALCEDO.

¿Pues cómo no conoces á mí?

ALAMEDA.

¿Sois vos alguno dellos?

SALCEDO.

Sí soy; porque antes que me desollasen la cara....

ALAMEDA.

El desollado es, el desollado es; Dios sea con mi álima.

SALCEDO.

Porque me conozcas me quiero mostrar á ti.

ALAMEDA.

¿A mí? Yo os lo perdono: mas, señor Diego Sanchez, aguarda que pase por el camino otro que le conozca mejor que yo.

SALCEDO.

A ti soy enviado.

ALAMEDA.

¿A mí, señor Diego Sanchez? Por amor de Dios, yo me doy por vencido, y me pesa de buen corazon, y de mala voluntad.

SALCEDO.

¿Qué dices?

ALAMEDA.

Estoy turbado, señor.

SALCEDO.

¿Conóceme agora?

ALAMEDA.

Ta, ta, ta, sí señor; ta, ta, ta, ya le conozco.

SALCEDO.

¿Quién soy yo?

ALAMEDA.

Si no m'engañó, sois el santero que le desollaron la cara por roballé.

SALCEDO.

Sí soy.

ALAMEDA.

Pluguiera á Dios que nunca lo fuérades. ¿Y no tenéis cara?

SALCEDO.

Denantes solia tener cara, aunque agora la tengo pegadiza por mis pecados.

ALAMEDA.

¿Pues qué quiere agora, señor su merced Diego Sanchez?

SALCEDO.

¿Dónde estan las notomías de los muertos?

ALAMEDA.

A las sepulturas me envia. ¿Y comen allá, señor Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí: ¿por qué lo dices?

ALAMEDA.

¿Y qué comen?

SALCEDO.

Lechugas cocidas, y raíces de malvas.

ALAMEDA.

Bellaco manjar es ese por cierto. ¿Qué de purgados debe de haber allá! ¿Y por qué me quereis llevar con vos?

SALCEDO.

Porque sin mi licencia os posistes mis ropas.

ALAMEDA.

Tómelas, tómelas, y lléveselas, que no las quiero.

SALCEDO.

Vos propio habeis de venir, y si diéredes el descargo que convenga, dejaros han que volváis.

ALAMEDA.

¿Y si no?

SALCEDO.

Quedaros heis con las notomías en las cisternas viejas. Mas resta otra cosa.

ALAMEDA.

¿Qué es, señor?

SALCEDO.

Habeis de saber que aquellos que me desollaron me echaron en un arroyo.

ALAMEDA.

Fresco estaria alli su magnificencia.

SALCEDO.

Y es menester que al punto de la media noche vais al arroyo, y saqueis mi cuerpo y le lleveis al cementerio de sanct Gil, que está al cabo de la villa, y alli junto digais á grandes voces: Diego Sanchez.

ALAMEDA.

Y diga, señor, ¿tengo d'ir luego?

SALCEDO.

Luego, luego.

ALAMEDA.

Pues señor Diego Sanchez, ¿no será mejor que vaya á casa por un borrico en que vaya caballero su cuerpo?

SALCEDO.

Si, aguija presto.

ALAMEDA.

Luego torno.

SALCEDO.

Anda, que aqui os aguardo.

ALAMEDA.

Dígame, señor Diego Sanchez, ¿cuánto hay de aqui al dia del juicio?

SALCEDO.

Dios lo sabe.

ALAMEDA.

Pues hasta que lo sepais vos podeis aguardar.

SALCEDO.

Venid presto.

ALAMEDA.

No comais hasta que venga.

SALCEDO.

¿Ansi? aguarda, pues.

ALAMEDA.

Válame sancta María, Dios sea conmigo, que me viene siguiendo.